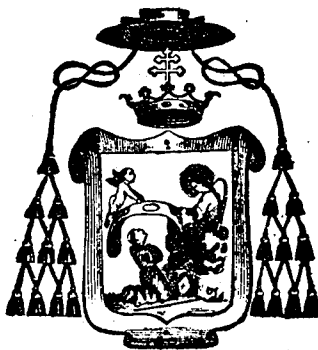


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS

por

EL PADRE FELIX, DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

EN 1861.

CONFERENCIA SEGUNDA.

(Continuacion.) (1)

Quando hemos llegado á cumplir veinticinco años, ¿de qué nos sirve toda una balumba de ciencia (que puede sin duda sernos útil pero que no nos es absolutamente necesaria) si faltos de educacion carecemos de aquellas verdades necesarias que rigen al hombre todo entero? ¿De qué provecho son al destino y discurso de nuestra vida, tanta filosofia, tantas matemáticas, tanta historia y astronomía, tan inmenso farrago, en fin, de sistemas como echan sobre nuestra inteligencia, si nos falta el báculo de las verdades primarias, y estamos condenados, por el vicio de nuestra educacion, á caminar toda la vida sobre los abismos de la duda?

Jóvenes, que con tan penosa tenacidad os habeis empleado en profundizar tantos misterios de la vida, ¿qué provecho habeis sacado de tan laboriosa tarea si al cabo de ella os encontrais en el terrible punto de preguntaros cuál es el principio, el término y la regla obligatoria de vuestra vida? ¿qué provecho si á los problemas, que en vano tratareis de esquivar, sobre el principio de donde partís y el término adonde caminais, nada más

responde vuestra inteligencia sino un triste — «qué se yo? —, privada cómo está de todo dogma definido y de toda base cierta? ¿Qué será un dia de esa inteligencia sin símbolo, de esa alma sin creencia, de esa ciencia sin brújula? ¿Cómo esa vida, privada de cimiento, podrá sin peligro elevarse y engrandecerse? ¿Cómo el niño, crecido cual árbol sin raiz, llegará á ser hombre, ni por sus virtudes tocará la cima de la humana dignidad? ¿Cómo podrá enfrenar sus pasiones y domar en sí la fuerza retrógrada con que le solicitan? ¿En qué se apoyará para resistir al embate y dominar el ímpetu de estas pasiones, si en el fondo de su inteligencia no está la roca de las verdades incuestionables, y si el padre que lo enjendró el maestro que le enseñó, no le han enseñado más que dudas, ni para resolver prácticamente el enigma de la vida, le han dado más que problemas filosóficos?

Tan cierto es, señores, que no hay otra condicion fundamental para formar una inteligencia y asentar las bases de la vida, sino cimentar al niño en el fondo de los principios eternos y de una inquebrantable certidumbre.

Pero, ¿cómo, por qué medio se arraigarán en su inteligencia estos principios? La respuesta no es dudosa: los principios toman asiento en el alma del niño por medio de la afirmacion. En este punto la realidad de las cosas se manifiesta en la filosofia de las palabras. Estamos tratando de la necesidad de dar cimiento al alma, de afirmarla en la region de lo verdadero; y lo que en realidad afirma al alma y la fija en lo verdadero, es la afir-

(1) Véase el núm. 38 del presente año.

macion, es el verbo fundador que asienta en el alma la base de todo el edificio; es, en resumen, la palabra ó la enseñanza dada con autoridad. La autoridad es de esencia de toda educacion humana. La autoridad del padre se manifiesta y completa á sí propia por la educacion del hijo, y sobre la inteligencia de éste se ejerce el primer acto de la autoridad de aquel. A la necesidad que el hijo tiene de creer, responde la potestad que el padre tiene para afirmar. Esta participacion que la autoridad paterna tiene en la hermosa obra del poder divino, este misterioso imperio del verbo afirmador que despierta de su sueño al niño diciéndole:—«Yo te llamo, respóndeme; yo, que soy el amor, y que no puedo engañar, te digo mira aquí la verdad;»—esta autoridad es la que asienta en firme base la inteligencia naciente del hombre. La verdad, resonando en el alma del niño, responde á esta voz que la llama, porque la inteligencia aun en este comienzo de su ejercicio, no es facultad puramente pasiva, sino que tiene una actividad íntima, en cuya virtud se hace eco fiel de la palabra que exteriormente la da impulso.

Tal es la via tan sencilla como profunda que la Providencia sigue para iniciar la formacion del hombre. La vida entera se apoya en la inteligencia, así como esta se cimenta en los principios y los principios se asientan en el alma por medio de la autoridad, que le presta, por medio de la afirmacion, su primera base. Y tened entendido, señores, que así como vosotros no podeis alterar en la naturaleza las bases de la tierra ni los fundamentos del orden material, tampoco os es dado trocar este orden de formacion intelectual en el ser humano.

Fuera de este procedimiento, no hay sino dos métodos imaginables para introducir al niño en la vida intelectual, á saber: ó no enseñarle cosa alguna, ó discutir con él lo que se le enseña: lo primero es el nihilismo, lo segundo el excecpticismo y uno y otro son tanto como suprimir toda base de la educacion humana. Juan Jacobo Rousseau, hombre que parece no haber puesto su gloria sino en contradecir á Dios y al sentido comun de la humanidad, asentó una extravagante paradoja al imaginar, como ideal de la formacion del hombre, un sistema de educacion en que la vida intelectual, moral y principalmente la religiosa, estuviera exenta de todo influjo doctrinal y dogmático. Concediendo á la inteligencia no más que cierto desarrollo enteramente extraño á la conciencia y á la vida moral, quiere aquel soñador que sólo el cuerpo reciba, hasta los catorce años de edad, el

beneficio de la educacion, creciendo á merced de la naturaleza, y que entre tanto se deje al alma y á la conciencia dormir como abismadas en un profundo letargo, hasta que ellas por sí mismas se despierten allá cuando buenamente puedan. Por consiguiente hasta los catorce años no se ha de hablar al niño ni de Dios, ni de virtud, ni de religion; nada se le ha de exigir en nombre de ninguna idea moral ni religiosa, debiéndose aguardar al dia en que exento de toda preocupacion, se escoja por sí mismo la moral, la doctrina, la religion y la divinidad, á quienes le plazca confiar la direccion de su vida. Este es el nuevo secreto que Rousseau reveló al mundo para educar al hombre y magnificar á la humanidad. Para los que no le hayan leído, conviene citarle á fin de que vean cómo puede delirar un hombre.

«No queriendo, dice, nosotros enseñar á nuestro Emilio nada que por sí mismo no pueda él aprender en cualquier país, ¿en qué religion le educaremos? En ninguna: bástenos ponerle en estado de escojer aquella que mejor cuadre á las convicciones de su propia razon rectamente ejercida.»

«Guardémonos bien, dice en otro pasaje, de querer enseñar la verdad á los que no se hallan en estado de oirla, porque seria tanto como darles errores en vez de verdades. Si quisiera yo pintar la estupidez junta con el fastidio, pintaria un pedante enseñando el Catecismo á niños de ocho años: y si quisiera volver loco á un niño, le haria ver de explicarme, lo que dice cuando dice el Catecismo.» (EMILIO, páginas 299, 301 y 302.)

Seguramente, señores, vosotros no aguardais que yo haga á semejantes locuras el honor de refutarlas seriamente. ¡Cómo! ¡exigir que por sí mismo se escoja una moral, una religion, un Dios; el niño á quien jamas se le ha hablado de Dios ni de religion, ni de moral! Educar sin nocion alguna de fé, ni de conciencia, ni de religion, ni de divinidad, y eso hasta la edad de catorce años, á la humana criatura que estúpidamente llamais hijo de la naturaleza, como si el alma, la conciencia, la moral, la religion, nada tuviesen que ver con nuestra naturaleza! ¡Intimar en nombre de la razon, á ese niño de catorce años que abraza la doctrina y la Religion que averigüe el ser mejores, cuando, falto como está de toda idea de alma, de Dios y de conciencia, ni aun puede siquiera hacer uso de su razon! ¡Oh filósofo que me hablas en nombre de la naturaleza, sin ver cómo la insultan tus paradojas; que me hablas

en nombre de la razon, sin advertir el círculo vicioso en que tu razon se encierra acerca de este punto! ¡En nombre de la razon y de la naturaleza, te pedimos la educacion de un hombre, y si nos das con tu sublime génio la educacion de una bestia! ¡Anda, sofista miserable! la humanidad te desprecia, y responde á tus utopias con una práctica infalible, á tus peregrinas innovaciones con el sentido comun, y mientras algunos entendimientos rezagados, algunos escasos herederos de tus sofismas, ensayan con tus fantásticas teorías experiencias crueles que asesinan en sus propios hijos la vida religiosa y hasta la vida moral, la humanidad, guiada por el buen sentido y por la fe, sigue enseñando á los niños de ocho años moral, conciencia, religion, Dios; en suma, sigue enseñándoles el Catecismo, resumen divino de cuanto debe saber un niño para llegar á ser hombre.

Bien me consta, señores, que la mayor parte de los adversarios del método afirmativo y de la formación de la inteligencia por medio de la autoridad no disparatan con tal extremo, dejando la cultura moral del hombre para cuando esté formado su cuerpo, sino que consienten que el niño sea iniciado cuanto ántes en la vida del alma y de la conciencia. Pero ¿cómo ha de ser esta iniciación? Por medio de razonamientos y discusiones, dicen. No quieren una educacion que comience por decir al niño en nombre de la autoridad: «Cree porque yo te lo digo; afirma lo que afirmo yo.— Quieren sustituir á este sistema naturalísimo el sistema artificial consistente en decir:—«Cree por que lo ves: afirma porque te lo demuestro.»

¿Y es esta toda vuestra sabiduría oh sábios de la tierra? ¿Quereis que esa inteligencia naciente sea juez de vuestras demostraciones cuando, falta como está de principios y sin ninguna idea determinada, ni entender puede siquiera los elementos de una demostración? ¿Dais por construido el edificio, cuando precisamente se trata de ponerle cimientos? ¿Apelais al razonamiento para formar la razon, sin curaros de que razon no formada todavía, es imposible que entienda vuestros razonamientos? Vuestra simplicidad me maravilla: Rousseau mismo os diria aquí, burlándose de una sabiduría poco ménos insensata que la suya: «Eso es comenzar por los postres.» Y yo os digo; eso es derruir la obra ántes de haberla construido. ¡Cómo! ¡Cuando se trata de dar á la vida una base sólida é indestructible, empezais por abrir ante ella abismos insondables! ¡Ah señores! Cuenta que así falseais la razon misma, falseais las ne-

cesidades más íntimas de la vida humana y formais un sér, por lo que toca á su inteligencia, mutilado. Violentando así la naturaleza, no engendrais más que monstruos. Donde; á fuerza de razonamientos, esperábais haber formado á un hombre racional, no habeis formado sino á un hombre racionalista. No habeis querido inculcarle dogmas y le habeis inculcado el excepticismo; no habeis querido sembrar en él las verdades primarias y fecundarlas por un verbo afirmador; y vuestro verbo razonador ha secado esa tierra virgen de la inteligencia, donde ya prematuramente van á cernerse todos los vientos del error, y en la cual no germinará verdad alguna. Ese niño, á los diez y ocho años, no tendrá doctrinas, sino meramente opiniones; y ¡qué opiniones! ¡movedizas, inciertas, flotantes á todo viento de palabra sin fé! Habeis temido afirmar resueltamente en su recién brotado pensamiento los dogmas invariables y definidos de la doctrina cristiana, y el infeliz va á andar errante por todos los caminos sin término de las humanas opiniones, condenado á vagar de jornada en jornada, y de fatiga en fatiga, por el interminable itinerario del error, sin descansar nunca en el seno de la verdad.

¡Ah! ¡ciegos! No habeis visto que, por su propia naturaleza, el niño tiene necesidad de creer, como la tiene de adorar? No habeis satisfecho esta necesidad indestructible enseñándole la verdad con afirmaciones, y le habeis lanzado á proseguir desatentado, y quizás con frenética desesperación todas las quimeras del humano pensamiento: vais á verle creyendo en cualquier cosa; en todo, ménos en la verdad! Errante sin rumbo alguno, juguete de todo viento de error que agite su inteligencia y la doblegue como á frágil caña, no tendrá ninguna religion, ninguna doctrina, ni siquiera alguna opinion medianamente segura. Honor quizás y gloria de las ciencias ó de las letras, no será sin embargo otra cosa que uno más entre el innumerable, y cada dia más innumerable catálogo de sábios sin fé y de literatos sin principios, peste de las sociedades y azote del género humano. Su inteligencia, sin base fija ni punto de apoyo seguro, carecerá de aptitud, de vigor, de solidez, y será accesible á todas las flaquezas del alma, cuando no á todos los desmayos del entendimiento. Y el dia que sean llegadas las grandes luchas de la justicia y de la verdad; el dia que la mentira y la iniquidad logren prevalecer insolentes contra las augustas tribulaciones de la santidad y de la verdad desarmada, vereis tambien á ese desdichado humillarse, á par de tantos

otros, que parecian tan allivos é independientes, con inaudita bajeza ante el crimen triunfante, proclamando por estas públicas degradaciones de la inteligencia humana la impotencia de los hombres sin principios, incapaces de hallar en el fondo de su ser ni en el tesoro de inquebrantables convicciones un indomable valor y una resistencia invencible.

(Se continuará.)

HABILITACION DEL CULTO Y CLERO

DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Los señores partícipes del presupuesto eclesiástico de esta provincia, se presentarán á percibir la mensualidad de Noviembre último en los arciprestazgos respectivos, en inteligencia de que si para el 20 de cada mes, en lo sucesivo, no han verificado el cobro, se retirarán los fondos para reintegrarlos á la Tesorería de Hacienda pública, sufriendo por su causa los perjuicios á que da lugar esta determinacion. Madrid 4 de Diciembre de 1861.—Marcos M. Sainz.

LIQUIDACION DE ATRASOS DEL PERSONAL DEL CLERO.

Los señores partícipes que autorizaron á Don Cándido García Corral y se expresan á continuacion, recojerán cuando gusten del mismo, los documentos de la Deuda sin interés que les ha correspondido y ha entregado la Caja de la Direccion del Tesoro en virtud de las autorizaciones que le estaban conferidas.

D. Rafael Montero.
Pablo Moranchel.
José Ramon Gomez.
Vicente Telesforo Fernandez.
Fructuoso Domingo.
José María Carramolino.
Eloy Francisco Batista.
José Berrío Ibañez.
Salvador Azuera.
Nicolás Antonio Alba.
José Lopez Leoniciaga.
Florencio Aranda Laque.
Manuel Romo Romero.
Juan Francisco Arce.
Diego Ruiz Albarrán.
Toribio Ramos.
Agustin Sevilla Dicz.
Cristóbal Molina.
Leandro Mendez.
José Ramon Medina.
Antonio Navarro.

D. Miguel Navas.
Gerónimo Prieto.
Pablo Castijo Ochoa.
Jacinto García Perucho.
Gregorio García Rufo.
Juan Cancio Rey.
Baldomero García Gonzalez.
Roberto Martin.
Angel Mancilla.
Juan Martinez.
Ignacio Muela.
Pedro Muñoz.
Gabriel Moral.
Antonio Lucio Muñoz.
Benito Aspa Cano.
Leonardo Jominaya.
Francisco Gordo Marquez.

ANUNCIOS.

Se halla vacante la plaza de un segundo teniente, últimamente concedido por el Gobierno de S. M. á la Iglesia parroquial de Torralba de Calatrava, villa situada en lo mejor de dicho territorio, jurisdiccion de la Orden militar de este nombre. Su dotacion es de 2.200 rs., intencion libre con limosna, que no falta, de 5 á 6 rs. y varios derechos. Si es predicador podrá encargarse de todos los sermones que ocurran, ó de los que quiera. De modo que puede contar con unos 14 ó 15 rs. diarios. Los que aspiren á dicha plaza pueden dirigirse al Párroco D. Felipe Hernandez. Deben tener licencias de celebrar, confesar y predicar, ó por lo menos de las dos primeras funciones ó ministerios.

El Manual teórico práctico, eclesiástico-civil de procedimiento parroquial intitulado «El Ancora del Coadjutor» que se anunció en el Boletín núm. 35, correspondiente al 31 de Agosto de este año, como de sumo interés para todos los Sacerdotes y en especial para los que se dedican á la carrera parroquial; se vende en Madrid, calle de la Paz, núm. 6, casa de D. Miguel Olamendi.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:—1861.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA 31, Y NUNCIO VIEJO 13.